

roto una de tus argollas y ha arrancado á tu corona una de sus espinas. Del fondo del sepulcro donde te habian enterrado, te levantas resplandeciente de libertad, mostrando en tus heridas que has padecido por la justicia y por la humanidad. Ya hoy posees el fruto de tu trabajo, un hogar, una familia, una ley civil igual con tus señores de ayer; y la democracia, ¡oh eterno mártir de la historia! te volverá tu íntegra personalidad, te dará todas las condiciones de tu derecho, asegurará por la libre asociación un espacio, sí, un espacio inmenso á la actividad de tu alma, y te alzarás triunfante sobre los despedazados restos de todas las injusticias y de todas las tiranías.

yo pronunciado mi discurso del teatro de Orange en 1854, me estaba más ideas democráticas. Pero no me olvidé de las personas que recibían esta carta; pero en ella voy resumidos todos los motivos de mis creencias.

Querido amigo; las noticias que has entrado en el sacerdocio. Bien sabe **XX.**

quidad de tu alma, y que me alegras de que no hayas vacilado en un momento siquiera tu vocación religiosa. En esta vida de heroicos sacrificios, de consagración de ti mismo en aras de tus hermanos.

La democracia que profesamos, lejos de ser anti-religiosa, como pretenden nuestros enemigos, es esencialmente cristiana. Muchas veces he escrito sobre esta tesis, en la cual nunca insistiré bastante. Siempre he amado la libertad, como la esencia de mi vida; pero siempre he amado el cristianismo, como la única esperanza de mi alma. No, no puedo creer que mi espíritu se haya de perder como una gota de agua que se evapora; porque mi espíritu, desasosegado, inquieto, triste en este mundo, necesita del seno de Dios para dilatarse y encontrar la paz que tanto anhela. Sí, la libertad ha descendido del cielo; la libertad es cristiana; la democracia es la aplicación social del cristianismo. Sobre este punto escribía yo lo siguiente á un amigo querido de la infancia, que acababa de entrar en el sacerdocio, y que al darme esta noticia, poco despues de haber

yo pronunciado mi discurso del teatro de Oriente en 1854, me afeaba mis ideas democráticas. Perdónenme mis lectores, y también la persona que recibió esta carta; pero en ella veo resumidos todos los motivos de mis creencias:

«Querido amigo: Me noticias que has entrado en el sacerdocio. Bien sabe el cielo que envidio la tranquilidad de tu alma, y que me alegro de que no haya vacilado ni un momento siquiera tu vocacion religiosa. En esa vida de heróicos sacrificios, de constante abnegacion de tí mismo en aras de tus hermanos, podrás encontrar un bálsamo que apacigüe todas las pasiones de la juventud y que cierre todas las heridas del desengaño. Es muy hermoso vivir en perpétua comunicacion con el cielo; sentir todos los días descender el espíritu de Dios á la conciencia, mirar el mundo como una sombra que huye; recoger en el pecho las lágrimas de todos los desgraciados; sostener al que vacila, alentar al que duda, esclarecer al que niega; acompañar al hombre desde la cuna hasta el sepulcro con la oracion y la caridad; ver la fé dirigiéndonos como un ángel en nuestro camino hácia la eterna patria del alma, y esperar, después de la muerte, un seguro eterno en el seno de Dios, cuyo amor únicamente puede llenar el insondable abismo de nuestro desgraciado corazón. Sí, amigo mio; yo aquí no he olvidado nuestra fé, que guardo como el aroma del alma. Aun recuerdo

aquellos días tranquilos en que, lleno el pecho de alegría y la mente de cariñosas ilusiones, subíamos al santuario que los labradores adornaban con los tesoros del campo, y después de orar, sentíamos más dulcemente correr la vida, aquella vida tan pura como el cielo que centelleaba sobre nuestras cabezas, y tan risueña como el plateado mar que se rompía á nuestras plantas. Aun recuerdo que nuestra alma no estaba en nosotros; se cernía sobre las flores como la mariposa, y se elevaba al cielo como el águila. Cuando volvíamos de nuestros inocentes juegos, la campana que saludaba el último resplandor del día, nos juntaba á todos en mística oracion, y en la primer estrella de la tarde, que solitaria brillaba en el desierto cielo, creíamos ver la sagrada imagen de María, tal como nuestra mente la pintaba en sus ensueños; y aquella imagen, invocada por el rezo de nuestras madres, entornaba nuestros párpados y recogia amorosa nuestra última plegaria. Sí, nuestra vida era puramente religiosa; adorábamos la religion en nuestro hogar, en nuestras fiestas; la aprendíamos en el corazón de todos los seres queridos; la veíamos practicada en el campo por los pobres jornaleros, que al volver de sus faenas, después de abandonar los instrumentos de labranza y recoger el ganado, rezaban á la puerta de la casa, como el navegante que, al descubrir desde lejos el santuario de la Virgen, se arrodillaba en su barco, seguro de que su manto habria sido en su ausencia el am-

paro de su mujer y de sus hijos; y así creíamos que el rumor de las hojas, de las olas, de las brisas, de toda la naturaleza, era una inmensa, una amorosa oracion que todos los seres, desde la luciérnaga hasta la estrella, desde la arena que removía la inquieta ola hasta el fuego del sol, enviaban agradecidos á su Creador. ¡Y tú has creído que esa luz se ha apagado en mi alma, y lo has creído al leer mis discursos y mis artículos, y no has visto que mis ideas políticas se derivan inmediatamente de mis ideas religiosas! De la santa idea del Dios único, que de un poco de barro hizo nuestros cuerpos, y de un suspiro de sus labios nuestras almas; Dios, que quiso que la humanidad fuera una familia con un solo padre; de esta santa idea de la unidad de Dios se deriva, como los rayos de luz se derivan del sol, la unidad de la justicia, la unidad del derecho, que yo quiero para todas las clases, lo mismo para el pobre que para el rico; porque así solamente la justicia y el derecho pueden asemejarse en esta vida á su eterno modelo, que es nuestro Dios.

La libertad, esa libertad que tanto te asusta, es tambien de origen cristiano. ¿Cómo puedes exigir al hombre la responsabilidad de sus acciones, si el hombre no es libre? ¿En virtud de qué principio de justicia le impones un castigo, ó le prometes un premio, si pobre esclavo, como la fria piedra, no puede tener ni libertad, ni de esa libertad conciencia? ¿Por qué le aconsejas, le amenazas, le hablas,

le predicas, le persuades, sino por el convencimiento íntimo que tienes de que Dios ha dejado á la voluntad del hombre la direccion de su vida? Sí, tú y yo y todos somos libres. Podemos evadir, quebrantar las leyes; podemos caer por nuestra propia voluntad en los abismos, y por nuestra propia voluntad levantarnos hasta el cielo. En esto el hombre que pelea, el hombre que con el cincel de su voluntad puede formarse interiormente, es muy superior á los ángeles. No te asustes, no lo digo yo; lo dice San Agustin. Si la libertad humana te asusta, querido amigo, tanto, rasga tus vestiduras sacerdotales, y pide á Dios que te dé la felicidad de esas olas que se estreñan á la puerta de tu casa, sin poder nunca resistir al ímpetu del viento, ó la felicidad del ruiseñor que canta en tu jardin, sin conocer acaso la dulzura de sus melodías ni el encanto de sus arpegios. El Evangelio nos lo ha dicho. Dios nos ha dado una revelacion, porque somos libres; ha puesto un cielo sobre nuestra cabeza y el fuego devorador á nuestras plantas, porque somos libres; ha abandonado su trono de estrellas y ha venido aquí á morir por nosotros, porque somos libres; nos pide amor, virtud, fé, porque somos libres; y en verdad te digo, que así como la libertad se cumple en la religion y en la naturaleza, debe cumplirse en la sociedad, para que el hombre sea dueño de su destino y artífice de todas sus obras. Quiero la libertad, que está regada con la sangre de Dios.

o Pero aún te parece peor la palabra «igualdad;» según dices; esa palabra, que es el verdadero secreto de la democracia. Al oír igualdad, ves ya el comunismo asomando la cabeza; el comunismo, que en verdad es la barbárie. La igualdad democrática es como la igualdad cristiana, como la igualdad religiosa; y por lo mismo, no debe poner espanto en ningún pecho humano, y mucho ménos en el pecho de un sacerdote. Dios da á todos los hombres una misma ley, una misma revelación, y después juzga á cada uno según sus obras, según sus méritos. La democracia, que es la consecuencia del cristianismo, quiere una ley, un derecho igual para todos, y deja luego á la libertad del hombre el desarrollo desigual de su voluntad, de su inteligencia y de sus fuerzas. Y en esto consiste la armonía social; porque así el filósofo se entregará libremente á estudiar su pensamiento; el artista, á entonar sus cánticos, á reproducir con su inagotable espíritu creador las obras del Eterno; el industrial, á domeñar las fuerzas ciegas de la naturaleza; el labrador, á herir la tierra con su azadon, tan prodigioso como la vara de Moisés, que sacaba agua de las peñas; y todos, igualmente considerados, con iguales derechos é iguales deberes, contribuirán á levantar un mundo de armonías, de amor, que oscurezca para siempre el recuerdo de este mundo de contradicciones, que lleva aún sobre sí el peso de muchas injusticias. ¿Esta igualdad no es divina? ¡Ah! ¿Cómo no amas

la igualdad, cuando todos los días lees el Evangelio? El mismo Dios tomó nuestra forma y se sujetó á nuestras miserables condiciones. Había creado la tierra y vertido en ella la vida y la semilla de todas las cosas, y tuvo hambre; había vestido á las aves con su rico plumaje y á los brutos con sus varias pieles, y nació desnudo; había encendido con su aliento el sol y las estrellas, y tuvo frio; había de sus próbidas manos derramado los espumosos torrentes, y tuvo sed; había creado al hombre de un poco de barro y de un soplo de sus labios, y se sujetó á la jurisdicción del hombre y á su justicia, y dió su sangre para recastarle y redimirle de la más negra de las servidumbres. En toda esa vida divina, que tantas veces hemos leído juntos y en un mismo libro, en toda esa vida divina resplandece la idea de igualdad. Descendiente de reyes é hijo de artesano. Jesús reunió en su persona todas las clases, porque vino á redimirlas á todas. Al pié de su cuna reunió á los déspotas de Oriente y á los sencillos pastores del campo, como para mostrar que iban á concluirse, desde aquel día divino, todas las bárbaras antiguas castas. Su palabra era un bálsamo para el affigido, un apoyo para el débil. No fué á las academias á buscar por apóstoles á los sábios; fué á las playas á buscar á los pobres pescadores. Amenazaba al soberbio, y se detenía delante del niño y del anciano, y estrechaba contra su corazón á todos los que padecían. Los reveladores antiguos habían venido

para los sábios para los poderosos; y Jesus vino para exaltar á los pobres de espíritu, y á los necesitados, y á los enfermos, y á los esclavos. Delante de su justicia como delante de su amor, no hubo ni ricos ni pobres, ni reyes ni vasallos, sino hombres. No tomó por atributo de su poder el oro y la riqueza, tomó la pobreza y la miseria como para señalar que si habia venido para todos habia venido muy especialmente para los pobres. Cuando, en la cruz, agonizante, suspendió su cabeza sobre el pecho, dejó su palabra en testamento á todos los desheredados, á todos los oprimidos; y los oprimidos y los desheredados le cuentan siempre entre sus hermanos y entre sus mártires. ¿Quieres una prueba más grande y más verdadera y más elocuente de que la igualdad ante la ley, la igualdad ante la justicia, la igualdad ante el derecho, como la igualdad ante Dios, son dogmas enteramente cristianos?

Desengáñate, amigo mio, desengáñate, y abandona muchas de esas preocupaciones que tienes. El cristianismo no le pregunta al hombre por su cuna; le pregunta por su vida y le estima segun obra. No le pregunta si es artesano, si es labrador, si es jornalero; le pregunta sólo si cumple con sus deberes, si ama la virtud. Así, enseñándonos á compadecer á los pobres, nos ha mostrado que debemos ver en los pobres hermanos, hijos de Dios. Ese pordiosero enflaquecido, sin hogar, sin padres, sin amparo, de quien me hablas, puede, si es fiel á Dios y á los

hombres, llevar sobre su frente una corona de estrellas, más hermosa que todas las coronas de los reyes; y sus ojos, apagados por el hambre, pueden penetrar la verdad absoluta y abismarse en el seno de Dios; y su corazón menospreciado del mundo, puede recibir, como un vaso de bendición, ese amor infinito que anima toda la naturaleza y es el alma de nuestra alma. ¡Ay! Pero tú, sacerdote del Señor; tú, que vienes á la tierra á ejercer el ministerio más sublime que es dado alcanzar al hombre; tú, has nacido en pobre cuna, has trabajado en el campo, has conseguido con el sudor de tu frente el pan de tu padre anciano y de tus pequeñuelos hermanitos; y ahora, si en la Iglesia hubiera esos privilegios aristocráticos que hay en muchas sociedades, no podrías consagrar tu vida purísima en el altar á tu Dios. Pues lo que nosotros queremos es la muerte de todos los privilegios; queremos que todos los hombres sean libres, iguales y hermanos.

Después de todo, nuestra doctrina es una doctrina de paz y misericordia, como el cristianismo. Yo he aprendido estos sentimientos, estas ideas, ahí, en el pueblo; son ideas de mi infancia. El poeta que no ha visto la naturaleza, no puede cantarla; y el político que no ha visto los pueblos, no sabrá nunca una palabra de política. Cuando ve uno ahí á una infeliz mujer quitarse el pan de la boca para pagar, por ejemplo, los consumos, comprende toda la injusticia de esos tributos, que así van á caer, como una

maldición, sobre los miserables, que comen mucho más pan que los ricos. Cuando ve uno que el pobre no tiene ni voz ni voto en las cuestiones municipales, y que muchas veces le imponen costosos sacrificios sin consultarle, se indigna contra nuestra organización política. Cuando llega el día de la quinta, y el pueblo cae en inmenso duelo, y se cierran las puertas, como si temieran dar paso á la fatal nueva, y el azar decide la suerte, la vida, el sustento de una familia; cuando se ve á la pobre jóven palpitante, esperando si le arrancarán de su lado al sér que ama; á la madre, á la madre, pálida, descajada, con los ojos secos, los labios cárdenos y el mirar errante, preguntando por su hijo, por el hijo de sus entrañas, que no verá más en la tierra; en esos días, que yo recuerdo con horror, en esos días todo el mundo se hace demócrata; tú mismo, deja hablar al corazón, y dime si no lo has sentido así al leer este recuerdo; como que tu pobre madre estuvo á punto de perder el juicio, cuando sucedió la desgracia de tu hermano.

No quiero molestarte más. Medita esta carta, y verás que es verdad cuanto te digo. La religion no es contraria á ningun derecho, no es enemiga de ningun progreso. Como verdad absoluta, está sobre todas las verdades; como poder infinito, sobre todos los poderes. Los que izan la bandera religiosa para hacer prosélitos políticos, son enemigos de la religion, y por hipócritas son los mercaderes que Jesus

arrojó del templo. Jesus fué misericordioso con la adúltera, paciente con el usurero; perdonó á la prostituta y al ladron arrepentido; pero á esos mercaderes, que comerciaban en el templo, los arrojó ignominiosamente de la casa de su Padre. No quiero, pues, que consideres enemigas de la religion estas doctrinas mias, no quiero. Mi único deseo es, tornar á ver esos felices campos. Y sentiria mucho que, cuando me cobijara ese cielo, cuando me rodeara ese mar, cuando me recibieran esos hermosos campos, creyeras que yo habia perdido la fé de mi madre, y habia olvidado nuestro santuario y aquellos dulces cánticos de la niñez; y al abrazarme pensaras que abrazabas un impío, del cual te habia de separar la muerte algun día, cuando siempre hemos creido que las grandes y generosas pasiones de la vida se dilatan hasta la eternidad. Adios: te quiere mucho—
Emilio.» *recomiendo esta carta*